

La Compañía de Jesús y la Sagrada Teología

Fundada para la mayor gloria de Dios y consagrando al apostolado de las ciencias una gran parte de su actividad, la Compañía de Jesús no podía menos de dedicarse con preferencia a la Sagrada Teología, como a ciencia que, por antonomasia y más directamente que todas las otras, de Dios procede, de Dios trata, a Dios conduce: "Scientia a Deo, de Deo, ad Deum".

S. Ignacio es siempre el hombre del Principio y Fundamento. Este paso de las Constituciones se presenta bien característico: "Como sea el fin de la Compañía y de los estudios ayudar a los próximos al conocimiento y amor divino y salvación de sus ánimas; siendo para esto el medio más propio la Facultad de Teología, en ésta se debe insistir principalmente en las Universidades de la Compañía". (1) Poco después indica los demás estudios, que por lo general serán realizados como *en función* de la Teología. Lo dice de las Letras: "Y porque así la doctrina de la Teología como el uso della requiere, especialmente en estos tiempos, cognición de Letras. . ." (2). No de otra manera habla de la Filosofía, en palabras con que el "Ratio Studiorum" habría de dar comienzo a las Reglas de los Profesores de Filosofía: "Así mismo porque las Artes o ciencias naturales disponen los ingenios para la Teología, y sirven para la perfecta cognición y uso della, y también por sí ayudan para los fi-

(1) *Constit. Soc. Jesu* (lat. et hisp.) P. IV c. XII n. 1.

(2) *Constit. Soc. Jesu* (lat. et hisp.) P. IV c. XII n. 2.

nes mismos...". (3) Como se ve, es el concepto de "*An-cilla Theologiae*".

Cuatro siglos de historia muestran la fidelidad de los Jesuitas a esas normas de su Fundador. Una prueba casi gráfica de la importancia dada por la Compañía a los estudios teológicos. Abramos el volumen décimo de la "Biblioteca de la Compañía de Jesús" de Carlos Som-mervogel. Tenemos en ese tomo de imponente *in-folio* no más que el índice de los volúmenes anteriores, orga-nizado en 1909 por Pedro Bliard. Muy sumariamente es-tán señalados los autores de que anteriormente se ha da-do detallada información bibliográfica. Pues bien, que hablen los números en su austera elocuencia.

TEOLOGIA	682	columnas
Sagrada Escritura	77	„
Concilios	7	„
Patrología	18	„
Teología Dogmática	86	„
Teología Moral	30	„
Teología Catequética	10	„
Teología Parenética	112	„
Teología Ascética	224	„
Teología Polémica	118	„

Estos números son bien significativos (4). Sin em-bargo, por más expresivos que sean ellos, cumple con-siderar principalmente la calidad de la producción. Tam-bién de los Teólogos se puede decir "non numerantur, sed ponderantur". Así, procuremos evocar rápidamente las figuras de los grandes Teólogos de la Compañía. Claro está que una excursión de pocos minutos por un pasado de cuatro siglos, no permitirá más que una vi-sión panorámica. Solamente las grandes cimas podrán fijar un instante nuestra atención.

Pero antes de proseguir, se impone un homenaje al Doctor que la Compañía, luego de iniciada su vida científica, tomó como suyo y que hoy es el "Doctor Com-munis" de la Cristiandad entera. Cuando S. Ignacio lo escogió como nuestro autor de Teología, señalando la *Summa* como el texto de nuestras escuelas (5), Santo

(3) *Constit. Soc. Jesu* (lat. et hisp.) P. IV c. XII n. 3 Cfr. *Rat. Stud., Reg. Prof. Philos.*, r. 1.

(4) (Cfr. *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus* - Backer - Som-mervogel - Bliard. Tom. X, Paris, (Picard), MCMIX. -- Cumple añadir lo que se refiere al derecho eclesiástico, catalogado bajo el título de Jurisprudencia, en un total de 32 columnas, de las cuales no más de 2 son exclusivamente consagradas al derecho civil.

(5) *Constit. Soc. Jesu*, P. IV c. XIV n. 1. Cfr. *Epit. Instit. Soc. Jesu*, n. 306, 1º

Tomás todavía no había recibido oficialmente de la Iglesia el título de "Doctor", que S. Pío V le otorgó en 1565. La Compañía debe asociar el nombre de ese Maestro incomparable a la glorificación de sus cuatro siglos de historia. La ortodoxia de nuestros autores, tantas veces alabada, se debe en gran parte a la fidelidad hacia la enseñanza del Doctor Angélico.

Además, fidelidad no significa servidumbre. La orientación intelectual según los grandes principios de Santo Tomás no ha impedido los puntos de vista personales de nuestros autores. Un "magisterdixitismo" (sit venia verbo) estrecho sería la muerte de la originalidad y reduciría la investigación científica a un "psitacismo" infantil. Las normas de los Generales acerca de seguir la doctrina del Angélico (6) revelan siempre una mentalidad comprensiva. Bastaría citar como corona espléndida de todo la célebre carta de N. M. R. P. General Wlodimiro Ledóchowski, "De Doctrina S. Thomae magis magisque in Societate fovenda", de 8 de Diciembre de 1916. Las normas del Prepósito General coinciden perfectamente con las que siete años más tarde S. Santidad Pío XI habría de señalar para toda la Iglesia en la Encíclica "*Studiorum Ducem*".

Para proceder con método, consideremos primero la Teología Dogmática, después más rápidamente la Teología Moral; y una palabra, por fin, sobre Teología Ascética.

I. — TEOLOGIA DOGMATICA

Nadie ha escrito mejor sobre las grandes líneas de la Teología Dogmática de la Compañía que el P. Le Bachelet (7). Trazando la curva de la historia de nuestra Teología, distingue él tres períodos, que así clasifica:

- I - Primer siglo de la Compañía: Período de brillo y de construcción.
- II - Segundo y tercer siglo, hasta la supresión de la Compañía en 1773: Período de asimilación y de vulgarización.

(6) Véase la síntesis tan lucida que hace sobre la cuestión el P. X. Le Bachelet, S. J., en el *Dictionnaire de Théologie Catholique*, art. *Jésuites*, t. VIII, le. p., col. 1012 - 1043.

(7) Cfr. X. Le Bachelet, S. J., *Dictionnaire de Théologie Catholique*, art. *Jésuites*, t. VIII, le. p., col. 1012 - 1069. En adelante citaremos abreviadamente: Le Bachelet, *DTC*, *Jésuites*.

III - La Compañía Restaurada: Período de reacción y de renacimiento.

Ese gráfico es impresionante por el paralelismo con el diagrama de la historia de la Teología Católica en general en ese mismo tiempo. Así, por ejemplo, la clasificación es muy semejante a la de Scheeben. En la clasificación de La Bachelet falta apenas el período de profunda decadencia, que corresponde a los últimos 30 años del siglo XVIII y a los primeros 30 del siglo XIX. Es el tiempo de la Revolución Francesa y de las funestas consecuencias inmediatas del movimiento. Corresponde precisamente a la fase de la supresión de la Compañía y de los primeros años de su nueva organización. Así, pues, la Teología de los Jesuitas no ha conocido propiamente un período de decadencia y estancamiento.

Nosotros nos detendremos particularmente en el primer período; muy brevemente hablaremos del segundo, atendiendo un poco más al tercero.

I. — Primer Período

Período de brillo y de construcción

El gran acontecimiento para la Iglesia y para la Teología es el Concilio de Trento, de que un Jesuita, Pallavicini, será el más ilustre historiador. Además, seis Teólogos de la Compañía tomaron parte en el Concilio: Láñez, Salmerón, Claudio Jayo, Covillon, Canisio y Polanco (8). Más que todos se han distinguido en la gran Asamblea de la Cristiandad los Teólogos pontificios Láñez y Salmerón. El P. Astrain en tres largos e interesantes capítulos estudia la actuación de esos dos grandes Jesuitas en el Concilio (9). En la imposibilidad de acompañar su exposición, recordaremos, apenas, con el mismo Astrain, que el P. Láñez "era como el doctor habitual, a quien recurría San Ignacio en las dudas que se presentaban" (10).

El P. Salmerón pasó a la historia principalmente por los numerosos volúmenes de "Comentarios" al Nuevo Testamento. Salmerón hizo de las lecciones sobre la Sagrada Escritura como su ministerio propio. Así, sus

(8) Cfr. Alfred Durand, S. J., *Dictionnaire de la Bible*, art. *Jésuites*, t. III, 2e. p., col. 1407.

(9) Cfr. Antonio Astrain, S. J., *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, t. I, 2ª ed., 1912, Libro II, cap. XVI y XVII; t. II, 1914, Libro I, cap. X.

(10) Cfr. Antonio Astrain, *op. cit.* t. II, p. 213.

“Comentarios” son el resumen de sus lecciones al pueblo durante 30 años (11).

El Concilio de Trento suscitó un movimiento teológico de los más considerables, estimulado por la necesidad de combatir al Protestantismo y facilitado por el invento de la imprenta. La contribución de los Jesuitas fué de las mayores. Que hable un autor extraño a la Compañía sobre esa “eflorescencia maravillosa y casi inaudita de grandes hombres”. Con la palabra Don L. Janssens: “Apud Societatem Jesu pullulant summi viri mira et vix audita efflorescentia” (12).

Apuntemos los mayores nombres según el orden geográfico.

Italia. La mayor gloria, sin duda, es Bellarmino, a quien la Iglesia ha distinguido con la aureola de Doctor. Para ponderarse lo que representa tal honor, convendrá recordar que, entre los santos del siglo XII en adelante, solamente la han recibido, como Bellarmino, los santos Bernardo, Alberto Magno, Tomás de Aquino, Bonaventura, Pedro Canisio, Francisco de Sales, Juan de la Cruz y Alfonso de Ligorio. Dos Doctores cuenta la Compañía en apenas cuatro siglos de existencia y los Doctores de la Iglesia en más de 19 siglos son apenas 23. ¡Es la más elocuente y autorizada glorificación de su doctrina!

Bellarmino se inmortalizó principalmente por sus “Controversias”, “obra capital en su género, y de la cual se pudo decir que fué para la Teología Polémica lo que la *Summa Theologica* de S. Tomás fué para la Teología Escolástica” (13). Frecuentes veces han comparado sus “Controversias” a un arsenal en el que los defensores de la Iglesia se han surtido y se surten hoy todavía de sus mejores armas, pues, según la observación de Montague, los controversistas toman de él casi todo, *ut ab Homero poetae* (14).

Alemania. Canisio ha merecido como Bellarmino el título de Doctor de la Iglesia. ¿Qué se podría añadir de más glorioso sobre ese verdadero “martillo de los herejes”, “nuevo Bonifacio” a quien tanto debe la Contra-Reforma en Alemania? Recordaremos no más que la fra-

(11) Cfr. Alfred Durand, *Dict. de la Bible*, art. *Jésuites*, t. III, 2e. p., col. 1405.

(12) Don L. Janssens, *Praelectiones de Deo uno*, t. I, p. 19. Freibg. im Br., 1899. Apud. Le Bachelet, *DTC. Jésuites*, col. 1043-1044.

(13) Le Bachelet, *DTC, Jésuites*, col. 1055.

(14) Apud X. Le Bachelet, *Diction. de Théol. Cath.*, art. *Bellarmin*, t. II, 1e. p., col. 598.

se de Baronio: "Venerandus vir cuius laus est in Evangelio per omnes ecclesias" (15).

Otro gran nombre es el de Gregorio de Valencia, "doctor doctorum", en la frase de Clemente VIII. Aunque español de nación, por su actividad científica pertenece a Alemania, habiendo enseñado principalmente en Dillingen e Ingolstad, antes de venir a Roma con ocasión de la controversia *De auxiliis*. Grabmann no duda en llamarle "Restaurador de la Teología en Alemania" (16), título que ya antes le había dado Scheeben (17).

Bélgica. Señalemos a Lessio, que ha dejado "obra de alto valor doctrinal", siendo particularmente famoso su libro "De perfectionibus moribusque divinis". "Lessio queda, con justo título, catalogado como uno de los eminentes Teólogos del siglo XVII" (18). Gloria de la Compañía en Bélgica es igualmente Cornelio a Lápide, exégeta de los más ilustres, que comentó toda la Biblia, exceptos los Salmos y el Libro de Job. "No hay otro autor que sea tan alabado por los predicadores de la divina palabra y que más merezca ser recomendado", advierte el P. Cornely (19).

A los Jesuítas belgas cabe también la gloria de la publicación monumental de *Acta sanctorum*, contribución magnífica a la historia eclesiástica. Juan Bolland empezó a realizar el gran proyecto del P. Héribert Roswade: de aquí el nombre de *bollandistas*, dado a los continuadores de la obra, que luego a los comienzos contó con la colaboración de Godofredo Henschio y Daniel Papebroch. La organización siempre mantuvo su alto nivel intelectual. Bastaría recordar en el siglo pasado a un Víctor Buch, aún en el principio de este siglo al P. Carlos de Smedt († 1911) y en nuestros días a Hipólito Delehaye.

Francia. A todos los demás eclipsa el nombre del P. Dionisio Petavio (Denis Petau), que ha enriquecido la Iglesia nada menos que "con una nueva disciplina llena de porvenir: la Teología Histórico-Patristica" (20). "Ver-

(15) Apud H. Hurter: *Nomenclator Litterarius Theologiae Catholicae*, Ed. 3ª, Oeniponte, 1907, col. 198.

(16) Martin Grabmann, *Geschichte der katholischen Theologie*, Freibg. im Br., (Herder), 1933, S. 168.

(17) Apud Le Bachelet, *DTC, Jésuites*, col. 1055.

(18) F. Cayré, A. A., *Précis de Patrologie*, t. II, Paris, (Desclée), 1930, p. 763.

(19) Rudolphus Cornely, S. J., *Introductio in U. T. Libros Sacros*, vol. I, Ed. alt. (reimpr. 1925), Parisiis, (Lethielleux), p. 708.

(20) Cfr. Le Bachelet, *DTC, Jésuites*, col. 1048.

dadero genio en erudición”, “*l'aigle des Jésuites*”, es además considerado como el creador de la cronología (21).

En Petavio podemos notar una de las características de la Teología de los Jesuitas: el cuidado de la parte positiva a la vez que de la escolástica. ¿S. Ignacio ya en sus “Ejercicios” no mandaba alabar a la una y a la otra? (22) De aquí la explicación de obras como la “Colección de las Actas de los Concilios” de los Padres Labbe († 1667) y Hardouin († 1729).

Inglaterra. Fué principalmente por la sangre como los misioneros Jesuitas han honrado su fe católica. Con todo varios se han distinguido asimismo por el apostolado de la pluma, usada como arma contra la herejía. Así el Beato Campión, los Padres Huntley, Persons, Mumford, y Juan Spencer (23).

España. Francisco Toledo es “considerado a justo título como el padre de la Teología Escolástica en la Compañía de Jesús” (24), autor de una magnífica “*Enarratio in Summan Theologicam*”. Su enseñanza era de las más brillantes y apreciadas en su tiempo. Los Sumos Pontífices le dispensaron una confianza sin igual, particularmente con ocasión de la corrección de la *Vulgata*. Como prueba citemos estas líneas: “Clemente VIII, Papa - Nos ordenamos que sea impresa esta edición de la Biblia, según las correcciones indicadas por la Congregación, remitiéndonos al juicio del P. Francisco Toledo, de la Compañía de Jesús, a quien Nos delegamos, para el efecto, Nuestra autoridad” (25).

El nombre de Suárez dispensa de comentarios, pues habla por sí mismo. El “Doctor Eximio” es creador de todo un sistema orgánico de Teología. Pocas obras serán más considerables en toda literatura cristiana. Bien sabido es que en Suárez “se escucha toda la Escuela”, o mejor, según la palabra de Bossuet, “la mayor parte de los modernos” (26).

Pensador original fué también el émulo de Suárez, Gabriel Vázquez, llamado “el Agustín de España”. Nu-

(21) J. M. de Madureira, S. J., *A. Liberdade dos Indios, a Companhia de Jesus, sua Pedagogia e seus resultados*, t. II, Rio de Janeiro, (Imprensa Nacional), 1929, p. 74.

(22) Cfr. *Exercitia Spiritualia, Reg. ad sentiendum cum Eccl.*, reg. 11^o.

(23) Cfr. Le Bachelet, *DTC, Jésuites*, col. 1056.

(24) Le Bachelet, *DTC, Jésuites*, col. 1044.

(25) Apud Alfred Durand, *Dict. de la Bible, art. Jésuites*, t. III, 2e. p. col. 1408.

(26) Citado por F. Cayré, A. A., *Précis de Patrologie*, t. II, Paris, (Desclée), 1930, p. 773.

merasas fueron sus desinteligencias con el "Doctor Eximio", a punto que Scheben llegaba a atribuir a Vázquez, con relación a Suárez, la misma actitud de Duns Scoto con relación a S. Tomás: *Ait S. Thomas, negat Scotus* (27). Así, *ait Suarezius, negat Vazquezius*. Los puntos de vista diversos indican antes la competencia excepcional de los dos grandes ingenios. El P. Astrain muestra todo lo que hay de leyenda sobre las relaciones entre Suárez y Vázquez en los dos años de convivencia en Alcalá: "Dícese que el Padre Vázquez, con viveza juvenil, se complacía en oponerse a las opiniones de Suárez; y que, enseñando Teología por la tarde, al entrar en el aula solía preguntar: "¿Qué ha enseñado el viejo esta mañana?". Y oído lo que había enseñado Suárez, se ponía de propósito a combatirlo en la cátedra" (28). Sin embargo, *se non é vero...*

Otro gran nombre: Luis de Molina. Su obra más famosa es la "Concordia", que dió ocasión a la controversia "*De auxiliis*": su importancia para la Teología de la Compañía es capital, pues sirvió para fijar la doctrina propia de los Jesuítas en cuanto a la gracia. Notemos a propósito la observación justísima del P. de Ravignan (posteriormente desarrollada por el P. Maignon): todo espíritu doctrinal de la Compañía se define por "la tendencia a guardar los derechos de la libertad humana y de la razón" (29).

Portugal quiere participar también de la gloria en la cuestión de la concordia entre la libertad y la gracia. Alega que Molina, español de nación, es portugués por la formación y por su enseñanza en Coímbra y en Eborá. Además, la *ciencia media* fué propuesta primeramente por Pedro da Fonseca, más conocido como filósofo y denominado el "Aristóteles lusitano".

Ripalda fué llamado el "Cirilo de los tiempos nuevos", famoso principalmente por su tratado "de ente supernaturali".

Gloria asimismo de España es Maldonado, aunque haya resplandecido sobre todo por su enseñanza filosófica y teológica de 30 años en París, que parecía revivir entonces sus grandes días. Montaigne le dispensó pruebas de verdadera amistad. Por la afluencia de discípulo-

(27) Apud Cayré, *op. cit.*, p. 762, note 4.

(28) Antonio Astrain, S. J., *Hist. de la Comp. de Jesús en la Asist. de Esp.* t. IV, 1913, p. 69.

(29) P. de Ravignan, *De l'Existence et de l'Institut des Jésuites*, 1844, c. III. Apud Jacques de Blic, *DTC*, art. *Jésuites: Théologie Morale*, t. VIII, le. p., col. 1076.

los debía a veces dar clases al aire libre. Ante la posteridad, mucho más le valieron sus *Comentarios* sobre los Evangelios, que compuso después de retirado de la enseñanza. El P. Cornely no duda en escribir: "Se puede afirmar, sin exageración ninguna, que hasta ahora, no se ha publicado mejor comentario de los Evangelios" (30). El P. Durand habla a su vez de ese "incomparable comentario": "Se podrá sin duda actualizarlo en más de un detalle, pero él no dejará jamás de ser consultado. Uno no sabe lo que más admirar en Maldonado, si su erudición, o su firme buen sentido. En él, la exégesis es a la vez segura y amplia. Conoce los Padres, sabe la cuenta en que se debe tener la opinión de ellos, pero sin desconocer por esto las exigencias del texto" (31).

A propósito de Maldonado, y antes de concluir el análisis del primer período, una palabra sobre los estudios bíblicos en la antigua Compañía. El siglo posterior al Concilio de Trento es por todos reconocido como el *siglo de oro de la exégesis*. Sobre la colaboración de los Jesuitas, oigamos a Vigouroux: "Los Jesuitas... tuvieron el primer lugar entre los defensores de la Biblia contra los errores nuevos" (32). Con el juicio del organizador del "Diccionario de la Biblia" concuerdan los Historiadores protestantes. Para Reuss, en el siglo XVI "la exégesis ha sido cultivada sobre todo por los Jesuitas, cuyas obras, muchas veces reimprimadas en el curso del siglo XVII, han eclipsado a todas las otras" (33).

IIº Período

Segundo y tercer siglo hasta la supresión del Compañía en 1773: Período de asimilación y de vulgarización.

No hay propiamente decadencia completa, pero sí inferioridad. No hay en rigor creación, sino más bien conservación. Los maestros válense por lo general de los trabajos anteriores. Es la época de los *Manuales*, de los *Cursos*, de los *Traados*, de las *Instituciones*. El más célebre de todos, con un carácter enciclopédico, es el curso *Wirceburgensis*, a que el P. Cristiano Pesch tributa este elogio: "*Omnium finis et digna corona*" (34).

(30) Rudolphus Cornely, S. J., *Introductio in U. T. Libros Sacros*, vol. I, Ed. alt., (reimpr. 1925), Parisiis (Lethielleux) p. 699.

(31) Alfred Durand, *Diction. de la Bible*, art. *Jésuites*, t. III, 2e. p., col. 1406.

(32) Apud Durand, *loc. cit.*, col. 1403.

(33) Apud Durand, *loc. cit.*, col. 1403.

(34) Apud Le Bachelet, *DTC, Jésuites*, col. 1051.

Hay, sin embargo, contribuciones originales de más de un autor, como sea el *Opus theologicum* de Sivestre Mauro, gloria de la Italia, como lo fueron Pallavicini y Viva, autor famoso de *Damnatae theses*. Los nuestros siguen siendo defensores intrépidos de la autoridad pontificia, contra todos los ataques de los Jansenistas y de los Galicanos.

III^o Período

La Compañía Restaurada: Período de reacción y de renacimiento

La Compañía no quiere vivir del culto beato de las pasadas eras. Los Jesuítas de la Compañía Restaurada no quieren ser "pigmeos degenerados de una raza de gigantes". Así, poco después de restablecida la Compañía, la Teología bien pronto reconquista su puesto de indiscutible primacía. El movimiento teológico que se intensifica en la Iglesia a partir de 1830, —después de despertar el mundo de la pesadilla de la Revolución—, encuentra en la Compañía muchos entusiastas.

El P. Perrone es el primer gran restaurador de los altos estudios teológicos. Bien célebre se hizo con sus *Praelectiones Theologicae* y asimismo por sus trabajos contra el Racionalismo de Hermes y sobre la Inmaculada Concepción, doctrina siempre tan cara a los Jesuítas. Sobre ese augusto tema, pocos Teólogos habrán escrito mejor que el P. Passaglia: cuando publicó su obra, todavía asociaba a su nombre las siglas S. J. Sommervogel tuvo que organizar a parte la "Biblioteca Mariana de la Compañía de Jesús", tantas y tan valiosas son las producciones de los Jesuítas respecto a la Santísima Virgen. Aún en nuestro siglo se han distinguido con trabajos sobre ese tema dulcísimo los Padres Terrien, de la Broise, Mattiussi, como en el siglo pasado el P. Jeanquot.

En las proximidades del Concilio del Vaticano los Jesuítas defienden intrépidamente la infalibilidad pontificia, lo que les vale el nombre de *Teólogos ultramontanos*. Pío IX escoge para su Teólogo en el Concilio al Padre Schrader (35). Historiador principal del Concilio será un Jesuíta, el P. Grandérath.

En el mismo Concilio brilla Franzelin, que es indiscutiblemente uno de los mayores Teólogos de la Nueva Compañía. Profundo en su enseñanza, Franzelin no se

(35) Consúltese a propósito el *Liber Saecularis Historiae Societatis Jesu* ab anno 1814 ad annum 1914, Romae, (Typ. Polygl. Vatic.), 1914, p. 416.

distingue siempre por la clareza de exposición. Permítansenos referir lo que a propósito cuenta Mourret. El esquema *De doctrina catholica*, discutido en el Concilio, tuvo por principal autor a Franzelin, que gozaba de la merecida reputación de sabio de primer orden. Sin embargo, los Padres Conciliares juzgaron que el esquema parecía obscuro y abstracto; el trabajo hubo de ser rehecho. A los alumnos de Franzelin, que no raro habían notado cierta nebulosidad en su enseñanza, no pasó desapercibido el suceso. En 1883, Mourret paseaba por la Ciudad Eterna, con uno de los antiguos discípulos de Franzelin, ya entonces honrado por su virtud y ciencia con la dignidad cardenalicia: "Allí está el Cardenal Franzelin. Desde mucho, la obscuridad de su enseñanza era para nosotros una verdad cierta; ahora, es una verdad de fe. El Concilio de Vaticano la ha proclamado por unanimidad moral de votos" (36).

Contraponamos a la alusión malévola de Mourret el testimonio de alguien cuya voz parece no haberse extinguido todavía entre nosotros. Criticando la "Historia de la Iglesia" de Mourret, el P. Yves de la Brière señala "el papel considerable" de Franzelin en la historia del último Concilio. "La enseñanza de Franzelin, escribe, había constituido la más sólida y la más seria preparación técnica de las definiciones conciliares sobre las relaciones mutuas de la razón y de la fe (contra el fideísmo), sobre las prerrogativas pontificias (contra el galicanismo). Más aún, Franzelin ha sabido, el primero de todos, construir la tesis ortodoxa de la inmutabilidad y del desarrollo histórico de los dogmas (contra todas las teorías de evolucionismo religioso que han de revivir en el Modernismo). Franzelin merecía ser señalado con honor como uno de los más ilustres maestros de la ciencia teológica de un siglo a esta parte" (37).

Gran Teólogo es también Palmieri, menos feliz en sus tentativas de atomismo filosófico. "Es una de las figuras más originales de la época, escribe un historiador de la Teología Católica en el siglo XIX, Bellamy. Sin tener una erudición tan vasta como Franzelin, concede sin embargo un lugar considerable a la parte positiva. Pero lo vence por la penetración, por la claridad, por el encanto de su exposición" (38).

(36) Fernand Mourret, *Le Concile du Vatican*, Paris (Bloud. et Gay), 1919, p. 205, note.

(37) Yves de la Brière, in *Etudes*, 5 Février 1920, (t. 162), p. 371.

(38) J. Bellamy: *La Théologie Catholique au XIXe. siècle*, 2e. éd. Paris, (Beauchesne), 1904, p. 172.

Inmensamente trabajador, el P. Palmieri fué continuador, como moralista, de la obra de Ballerini. Teólogo de la Sagrada Penitenciaría y consultor de tres Congregaciones Romanas, encontraba tiempo todavía para componer un excelente comentario a la *Comedia* del Divino Poeta, libro que, por un delicado sentimiento de piedad filial, dedicó a su madre, siempre quejosa de no poder entender ninguna de sus numerosas obras, porque escritas en latín (39). ¿Cómo no recordar la "luce intelletuale piena di amore?"

El P. Kleutgen, "princeps philosophorum" en el decir de León XIII, fué el "Restaurador de la Teología Escolástica en Alemania" (40). Todos los estudiosos de la misma conocen los nombres del Cardenal Mazzella, de Schiffini, Hurter, De San, Galtier, Beraza, Lange. Cristiano Pesch es notable especialmente por su *Tratado De Inspiratione*, más aún que por sus *Praelectiones* y por su *Compendium*, obras siempre muy consultadas.

Una mención especial merece Billot. Discípulo fiel —entre los más fieles— de S. Tomás, según la tradición de su querida Universidad Gregoriana, Billot ni por eso es menos personal. "Es principalmente, escribe Bellamy, un exégeta de S. Tomás, pero un exégeta de una singular perspicacia y de una excepcional penetración" (41). Llamado para la Universidad Gregoriana, según se dice por el mismo León XIII, con el fin de orientar la restauración escolástica, allí, en un magisterio de más de 20 años, formó numerosas generaciones de Teólogos, a la vez que sus escritos le conquistaban renombre universal. Fué uno de los soldados de primera línea en la lucha contra el Modernismo. Pío X lo distinguió con la púrpura cardenalicia. Muchos lo consideran el mayor Teólogo de nuestro siglo. Por el rigor de su metafísica, su influencia sigue siendo de las más considerables.

La exégesis bíblica ha tenido un noble representante en el P. Patrizi, en quien Hurter alaba la "inmensa erudición" (42). Universalmente conocido es el *Cursus Scripturae Sacrae*, iniciado por los Padres Cornely, Knabenbauer y Hummelauer. Además, la creación del Insti-

(39) Cfr. J. M. de Madureira, S. J. *A Liberdade dos Índios, a Companhia de Jesus, sua Pedagogia e seus resultados*, II vol., Rio de Janeiro, (Impresa Nacional), 1929, p. 308.

(40) *Liber Saecularis Hist. Soc. Jesus, Romae*, 1914, p. 431.

(41) J. Bellamy, *La Théologie Catholique au XIXe. siècle*, 2e. éd., Paris, (Beauchesne), 1904, p. 152.

(42) H. Hurter, *Nomenclator Theologiae Catholicae*, t. V, Ed. 3ª, Oeniponte, 1913, col. 1583.

tuto Bíblico en 1909 dió nuevo empuje a los estudios de Escritura. Son considerados exégetas de mérito los Padres Corluy, Fonck, Vaccari, Bea, Condamin, Durand, Calès, Murillo, Fernández y Huby, organizador asimismo de un excelente manual de historia de las religiones, género de estudios en que el P. Pinard de la Boullaye se convirtió en una verdadera autoridad. Y, en efecto, las ciencias auxiliares se desarrollan inmensamente. El P. Jousse, con su estudio de psicología lingüística sobre los pueblos de estilo oral, —libro que la crítica ha recibido como “genial y prestigioso” (43)—, apunta nuevos horizontes para los estudios de las cuestiones bíblicas.

El P. Prat se immortalizó con su *Teología de S. Pablo*, no menos que con su libro sobre Jesucristo. Pero, cuanto al último tema, el mayor monumento levantado en este siglo a la Persona adorable del Salvador, es el *Jésus Christ* del P. Leoncio de Grandmaison, libro que por cierto pasará a la historia. A la altura de estos trabajos está el *Mysterium Fidei* del P. de la Taille, así como *Los Orígenes del Dogma de la Trinidad* del P. Lebreton (precedido por un trabajo patrístico del P. de Régnon sobre el mismo tema trinitario). En Teología Positiva es también toda una autoridad el P. Adhémar d'Alés, como antes lo había sido el P. Portalié.

Aparecen numerosos tratados de Teología Fundamental, destacándose los de los Padres Dieckmann y d'Herbigny. El P. de Tonquédec, que se reveló notable filósofo con su “Crítica del Conocimiento”, ya antes era muy apreciado por su “Introducción al Estudio de lo Maravilloso y del Milagro”.

Son clásicos los trabajos de historia eclesiástica de los Bollandos y del P. Grisar, particularmente su estudio sobre Lutero. En arqueología, ciencia auxiliar, el P. Marchi tuvo por discípulo en el siglo pasado al propio Rossi (44); en la misma materia, dejó trabajos memorables el P. Grossi Gondi.

II - TEOLOGIA MORAL

Una de las grandes preocupaciones de la Compañía desde el principio fué la de orientar los fieles hacia el

(43) La expresión es de Henri Bremond y se encuentra citada en un artículo de Gaston Fessard, *Etudes*, 20-VII-1927, (t. 192), p. 145.

(44) Véase a propósito el reciente artículo del P. Engelbert Kirchbaum, S. J., en la Revista *Gregorianum*, Fasc. III - IV, 1940, p. 564-606: “P. Giuseppe Marchi, S. J. und Giovanni B. De Rossi”.

confesonario. Era mucho de lamentar el abandono del santo tribunal. De aquí, por parte de los nuestros, el cuidado de formar buenos confesores, tarea particularmente necesaria entonces. Bastaría recordar que, en Italia y en Alemania, por ejemplo, muchos sacerdotes ni siquiera sabían la fórmula de absolución, como también ignoraban por completo las ceremonias de la Misa (45). En la diócesis de Milán, como se lee en la vida de S. Carlos Borromeo, se llegaba a decir como en proverbio: *Se vuoi andare al inferno, fatti prete* (46).

La necesidad inmediata de buenos confesores explica el gran desenvolvimiento de la casuística, moral aplicada. De ella hicieron un arma contra la Compañía, acusada de laxista porque distinguía en el santo tribunal la función de juez y de médico, insistiendo sobre la noción *obligacionista* del estricto deber. El más célebre de esos ataques fué el de las *Provinciales* de Pascal, "mentira inmortal", —inmortal por la seducción encantadora de la forma, mentira en el fondo, justamente incluída por la Iglesia en el *Index*. A Pascal, influenciado por los Jansenistas, contraponemos la afirmación del catolicísimo José de Maistre: "La sociedad cambiaría de faz si cada hombre se sometiese a practicar solamente la moral de Escobar, sin jamás permitirse otras faltas que aquellas que él ha excusado" (47).

Pero paralelamente a ese estudio práctico, se desenvolvió en la Compañía el estudio teórico de la moral. Ni podría haber verdadera casuística sin una moral bien justificada. Cumple añadir la circunstancia de ser la *Summa Theologica* el texto de nuestras escuelas; ahora bien, principalmente la *Secunda Secundae* es un estudio escolástico de la moral. Comentándola, nuestros grandes Teólogos han prestado a la ciencia eclesiástica señalado servicio. De aquí que nuestros mayores moralistas del primer siglo son también los grandes dogmáticos: un Suárez, un Lugo, un Vázquez, un Molina, un Lessio.

Pero antes de una referencia especial a los grandes moralistas, una mención —por lo menos— de la parte que toma la Compañía en la defensa del Probabilismo

(45) Véase la indicación de las fuentes en Jacques de Blic, *Dict. de Théol. Cath.*, art. *Jésuites*, t. VIII, 1^a p., col. 1071.

(46) Giussano, *Vita di S. Carlo Borromeo*, lib. II, c. I. Apud Jacques de Blic, *DTC, Jésuites*, col. 1071.

(47) Joseph de Maistre, *De l'Eglise gallicane*, lib. II, c. XI. Apud Jacques de Blic, *DTC, Jésuites*, col. 1080. Sobre los ataques contra la casuística, consúltese René Brouillard, *Dictionnaire Apologétique de la Foi Catholique*, art. *Théologie Morale*, t. IV, col. 1635-1656.

(48) lo que confirma la observación, ya antes citada, del P. de Ravignan, de que todo espíritu doctrinal de la Compañía se define "por la tendencia a guardar los derechos de la libertad humana y de la razón" (49).

Suárez, con aquel su admirable sentido jurídico, quízs la mayor parte de su inmenso talento, escribió el admirable tratado *De legibus*, siendo igualmente notables los *De Religione* (obra importante para la ascética) y *De Sacramentis*.

El tratado *De justitia et jure* escrito por Lessio era altamente apreciado por S. Francisco de Sales (50). Pero más renombre todavía obtuvo el análogo tratado de Luis de Molina. Jacques de Blic llega a decir que Molina, "el más representativo de los escritores de la Compañía, psicólogo y jurista no menos que filósofo y Teólogo, [es] por ventura aún más notable por la ciencia espantosa (Molinier) de su *De jure et justitia* que por su famosa *Concordia*" (51).

Sin embargo, la autoridad máxima en la cuestión *De justitia et jure* no es Molina sino Lugo, cuyo tratado "pasa como el más excelente que existe en la Iglesia de Dios sobre esta materia" (52). Sabido es que, para S. Alfonso María de Ligorio, el Cardenal Juan de Lugo es el autor preferido, después del Doctor Angélico. "El P. Lugo, dice S. Alfonso, después de S. Tomás, puede llamarse, sin temeridad, el príncipe de los otros Teólogos, pues, al discutir las dudas este autor, muchas veces sin tener nadie que le preceda, aplica de tal suerte la segur a la raíz que las razones aducidas por él difícilmente se pueden refutar" (53). Escribe el P. Astrain: "muchos, siguiendo la estimación que hacía S. Alfonso María de Ligorio, no vacilan en llamar [al P. Lugo] el primer moralista del mundo" (54).

Independiente y original, prudente y profundo, con un pensamiento de luminosa penetración, "entre los Teólogos del siglo XVI y XVII, Lugo tiene un lugar fuera de igual al lado, si no arriba de Suárez", escribe el P.

(48) Consúltese a propósito Jacques de Blic, *DTC, Jésuites*, col. 1085-1086.

(49) P. de Ravignan, *De l'Existence et de l'Institut des Jésuites*, 1844, c. III. - Cfr. nuestra nota 29.

(50) Apud Jacques de Blic, *DTC, Jésuites*, col. 1088.

(51) Jacques de Blic, *loc. cit.*, col. 1088.

(52) Antonio Astrain, S. J., *Hist. de la Comp. de Jesús en la Anist. de Esp.*, t. V, 1916, p. 83.

(53) Apud Astrain, *op. cit.*, p. 88.

(54) Astrain, *loc. cit.*, p. 88.

Bernard ⁽⁵⁵⁾. Una de las características de su doctrina es la estrecha unión de la Teología Moral y de la Teología Dogmática, base de la primera. "Para la una como para la otra, la misma simplicidad genial en el método que va derecho a los principios, de donde han de salir, a continuación, como por sí mismas, las aplicaciones" ⁽⁵⁶⁾.

Tomás Sánchez no escribió muchos libros, pero su tratado *De sancto Matrimonii Sacramento* bastó para inmortalizar su nombre, "poniéndole en primera línea entre los Teólogos moralistas... Como opinan personas prudentes, hasta ahora no se ha presentado en la Iglesia quien sobrepuje al P. Sánchez en [la] materia" ⁽⁵⁷⁾. "Egregium opus", dice S. Alfonso de Ligorio; "nihil supra" añade más enérgicamente el Cardenal D'Annibale ⁽⁵⁸⁾. "Bello monumento de moral científica", dice de Blic ⁽⁵⁹⁾.

Castropalao publicó un curso completo de Teología Moral. "Resuelve las cuestiones con tanta copia de doctrina, con tan seguro criterio y acertada prudencia, que es mirado, con razón, como uno de los moralistas clásicos y cuya autoridad es de las más seguras entre los tratadistas de moral" ⁽⁶⁰⁾.

Hemos hablado de la autoridad excepcional que S. Alfonso de Ligorio atribuía a Lugo. Oigamos ahora lo que dice el Santo Doctor respecto a los Jesuitas en general: "En cuestión de Moral, no cesaré de repetirlo, ellos fueron y son todavía los maestros" ⁽⁶¹⁾. Y verdaderamente mucho se ha valido él de los moralistas de la Compañía, particularmente de Lacroix, de Zaccharia, y de Bussenbaum, cuya *Medulla* constituyó un auténtico éxito de librería, con 40 ediciones en vida del autor y 200 entre los años 1668 y 1770. El éxito del libro de Busenbaum hace pensar en el éxito de la pequeña *Teologia Moral* de Escobar, que en doce años (1644-1656) tuvo 12 ediciones, o bien, en la rápida y reciente difusión del *Summarium* del P. Arregi, de que en 19 años (1918-1937) se han editado 138.100 ejemplares. Nadie puede dudar de la comodidad de tales resúmenes, que suponen, sin embargo, un previo estudio científico de la moral.

(55) P. Bernard, *Dictionn. de Théologie Cath.*, art. *Lugo*, t. IX, 1e. p., col. 1072.

(56) P. Bernard, *loc. cit.*, col. 1072.

(57) Antonio Astrain, *Hist. de la Comp. de Jesús*, t. IV, 1913, p. 65.

(58) Apud Jacques de Blic, *DTC, Jésuites*, col. 1089.

(59) Jacques de Blic, *loc. cit.*, col. 1089.

(60) Antonio Astrain, *Hist. de la Comp. de Jesús en la Asist. de Esp.*, t. V, 191, 88.

(61) Apud J. de Blic, *DTC, Jésuites*, col. 1073.

Grandes moralistas no han faltado a la Compañía Restaurada. Gury es "el Busenbaum del siglo XIX": su *Compendium* ha servido de núcleo de toda una literatura moral, no obstante los críticos farisaicos que se ocuparon de él en el mismo Parlamento de Francia (62). Del *Opus Morale* de Ballerini, publicado, después de la muerte del autor, por el P. Palmieri, dice René Brouillard que "queda, en esta materia, la obra más considerable del siglo" (63). Bucceroni también se hizo una gran reputación de moralista. Vermeersch parece renovar todos los temas, insistiendo, como el célebre Lehmkuhl, en los grandes principios y en las conexiones con la ascética: el título mismo de su obra ya es un programa — *Theologiae Moralis principia, responsa, consilia*; lo mismo se diga de la substitución del orden tradicional de los mandamientos por el de las virtudes.

Bien conocida es la autoridad de Génicot y de Noldin. En España se distingue Ferreres y entre nosotros Ubach.

En la antigua Compañía se hicieron célebres en el Derecho Canónico los Padres Laymann (insigne moralista) y Schmalzgrueber. En la nueva Compañía, cumple señalar como autoridad de primer orden Wernz y Capello.

III. — TEOLOGIA ASCÉTICA

La obra fundamental es evidentemente el libro de los *Ejercicios*. La Encíclica *Mens Nostra*, de S. Santidad Pío XI, resume y corona todos los elogios de los siglos anteriores sobre ese libro, a la vez tan pequeño y tan grande. S. Santidad Pío XII, felizmente reinante, en la Carta Apostólica dirigida a N. M. R. P. General el día 6 de Julio de 1940, con ocasión del cuarto centenario que estamos celebrando, así se expresa: "Nos es grato enaltecer con sumas alabanzas el método de la ascética Ignaciana". Ante ese juicio de incomparable autoridad, ¿qué valen todas las críticas dirigidas contra nuestra Ascética?

Sobre la nota característica de los *Ejercicios*, oígamos al P. Bouvier: "Puede decirse que toda la espiritualidad de S. Ignacio es dominada por este principio: *Facienti quod in se est, Deus non denegat gratiam*... Con S. Agustín, él sabe que Dios no ayuda de ordinario sino a

(62) Véase René Brouillard, *Dict. Apol. de La Foi Cath.*, art. *Théologie Morale*, col. 1644.

(63) René Brouillard, S. J., *loc. cit.*, col. 1639.

los que se ayudan a sí mismos, y él parece darnos constantemente esta consigna: *Ayúdate y el cielo te ayudará*" (64). Al juicio de un Jesuíta, añadamos el de un Sulpiciano, Pourrat, en su obra famosa sobre "La Espiritualidad Cristiana": "S. Ignacio, según refiere Ribadeneira, conformaba su conducta a este principio: "Trabajemos como si el suceso dependiera de nosotros y no de Dios. Trabajemos con energía, pero con esa íntima persuasión que nosotros no hacemos nada, que Dios hace todo". Esa gran ley de su acción, lo es también de su espiritualidad". (65).

Señala a continuación Pourrat el carácter de combate de esta espiritualidad disciplinada, que tanto exige del esfuerzo personal contra el "quietismo protestante"; y muestra cómo servía a religiosos dedicados a los trabajos de apostolado en medio del siglo, obligados por lo tanto a encontrar su propia seguridad en una formación interior muy sólida (66).

A la acción de la Compañía, reconócenlo todos, se debe en gran parte la difusión por toda la cristiandad de la práctica de la oración mental, del examen de conciencia y de los retiros espirituales, tres "elementos esenciales de la espiritualidad de la Compañía" (67).

Evidentemente habían de ser numerosos los comentaristas y los estudios sobre los *Ejercicios* del Fundador. Algunos llegarían a gran perfección. Sin pretender organizar una lista completa, ni mucho menos, mencionemos en la antigua Compañía los nombres del P. Luis de la Palma, "el hombre que más a fondo estudió los Ejercicios", en el decir del P. Astrain (68); de los Padres Gagliardi, Masucci, Pinamonti, Judde, Petit-Didier, Dierkins, Ferrúsola, Belecio. Empecemos la lista de la Compañía Restaurada con el gran General P. Roothaan, cuyo comentario es clásico; citemos los Padres Vigitello, Francisco Regnault, Ponleyoy, Bucceroni, Antonio Denis, Watrigant, Debuchy, Longhaye, Meschler, Hummelauer, Arturo Codina, Nonell, dell'Olio, Calcagno. Brou, Luis Peeters, y Schilgen. Además, todos los grandes maestros de la vida espiritual en la Compañía (y de

(64) Pierre Bouvier, S. J., *Dict. de Théol. Cath.*, art. *Jésuites*, t. VIII, 1^a p., col. 1095.

(65) P. Pourrat, *La Spiritualité Chrétienne*, vol. III, 5^a éd., Paris, (Gabalda), 1927, p. 65-66.

(66) P. Pourrat, *op. cit.*, p. 63-71.

(67) Pierre Bouvier, S. J., *DTC, Jésuites*, col. 1096.

(68) Antonio Astrain, S. J., *Hist. de la Comp. de Jesús en la Asist. de Esp.*, t. I., 2^a ed., 1912, p. 161.

los principales de ellos diremos pronto una palabra), se ocuparon, más o menos directamente, de los *Ejercicios*.

Estudiando la espiritualidad jesuítica, no podríamos olvidar la propagación del culto al S. Corazón y a la Santísima Virgen. Cuando nos referíamos a la Teología Dogmática, ya hemos dicho una palabra sobre la "Biblioteca Mariana de la Compañía de Jesús". Señalemos ahora algunos de los defensores y tratadistas de la devoción al S. Corazón de Jesús; el Beato de la Colombière, los Padres Galliffet, Croiset, Bernardo de Hoyos; en la moderna Compañía, el eminente Teólogo Ramière, los Padres Gautrelet, Emilio Regnault, Franciosi, Bainvel, Vermeersch, Hamon, Boubée, y Alcañiz.

Una alusión aún a la defensa de la causa de la comunión frecuente, sostenida desde los primeros momentos hasta los decretos de Pío X, de Polanco a Cros.

Pero ya es tiempo de recordar los grandes nombres de nuestra espiritualidad. Luego a continuación de S. Ignacio debe venir el Beato Fabro, su primer compañero, a quien la Compañía debe Canisio: el "delicioso" *Memorial* de ese hijo de Saboya, en quien Pourrat ve algo del "alma sonriente de S. Francisco de Sales" (69), es considerado "una de las joyas de la literatura ascética" (70).

Aún entre los que trataron directamente con S. Ignacio citemos, como lo hace el P. de Guibert (71), a S. Francisco Javier por sus cartas e instrucciones a los misioneros, a S. Francisco de Borja por sus *Meditaciones* y por su *Diarium Spirituale*. Añadamos, con Pourrat, el nombre del Padre Ribadeneira, "que ha edificado numerosas generaciones cristianas con sus *Flores de los Santos*" (72).

Bellarmino, Suárez y Lessio figuran con justo título en todas las listas de autores ascéticos. Del P. Luis de la Palma, con su famoso *Camino Espiritual*, ya hemos dicho, que es considerado como "el hombre que más a fondo estudió los *Ejercicios*" (73).

Citemos al P. Arias, muy sólido en su doctrina. Mencionemos asimismo los tratados sistemáticos de Rossig-

(69) P. Pourrat, *La Spiritualité Chrétienne*, t. III, 5e. éd., Paris (Cabalda), 1927, p. 71-72.

(70) Apud Ad. Tanqueray, *Compendio de Teología Ascética y Mística*, trad. de la 6ª ed. fran., Paris, (Desclée), 1930, p. XXXVII.

(71) P. Josephus de Guibert, S. J., *Theologia Spiritualis Ascetica et Mystica*, Edit. alt., Romae, (Univers. Greg.), 1939, p. 451-452.

(72) P. Pourrat, *La Spir. Chrétienne*, III v., 5e. éd. 1927, p. 74.

(73) Véase nuestra nota 68.

noli, Crombecio, y Godínez (Wading), cuya *Práctica, de la Teología Mística* fué completada por el P. de la Reguera.

Desde el Perú redactada en latín "una verdadera enciclopedia espiritual" (74) el P. Alvarez de Paz, a quien Bossuet llama "Sabio Jesuíta que trató más largamente que todos los otros la Teología Mística" (75).

Del Obispo de Meaux es también este juicio sobre el P. Baltasar Alvarez: "Una de las glorias de su Compañía y que, entre los confesores de S. Teresa, ha sido aquel en que ella ha visto más grandes cosas" (76). Fué por cierto un gran místico.

Místico también fué el P. Luis de la Puente, justamente el biógrafo del P. Baltasar Alvarez. Pero el P. de la Puente es conocido principalmente porque nos ha dejado "la colección más completa y admirable de meditaciones que se ha escrito" (77).

Tan célebre o más que La Puente es el P. Alonso Rodríguez. Sin detenerse mucho en especulaciones, el P. Rodríguez trata de un modo práctico de la *perfección y virtudes cristianas*. Esas páginas jamás dejarán de encontrar lectores. Pourrat reconoce en el libro del P. Rodríguez "un manual clásico de espiritualidad, universalmente adoptado desde varios siglos. Pocas obras han ejercido una acción tan honda y tan vasta" (78).

Su homónimo, el humilde Hermano Alonso Rodríguez, recibe de Dios las más altas gracias místicas. Escribiendo por obediencia los favores que el Señor le dispensaba en la oración, el santo portero del Colegio de Mallorca deja una autobiografía espiritual en que el pueblo cristiano escuenta mucho para alabar a Dios (79).

De España pasemos a Francia. El P. Le Gaudier se inspira en el P. Alonso Rodríguez para su tratado *De perfectione vitae christianae*.

Si Le Gaudier hace pensar en Alonso Rodríguez, Lallemand recuerda antes Baltasar Alvarez. Es él el fun-

(74) Antonio Astrain, S. J., *Hist. de la Comp. de Jesús en la Asist. de Esp.*, t. IV, 1913, p. 88.

(75) Apud Pierre Bouvier, S. J., *DTC, Jésuites*, col. 1108.

(76) Apud Pierre Bouvier, S. J., *DTC, Jésuites*, col. 1108.

(77) Antonio Astrain, S. J., *Hist. de la Comp. de Jesús en la Asist. de Esp.*, t. IV, 1913, p. 85.

(78) P. Pourrat, *La Spiritualité Chrétienne*, t. III, 5e. éd., Paris, (Gabalda), 1927, p. 319.

(79) En la nueva Compañía hay otro caso de hermano coadjutor escritor: Enrique Foley, con 8 tomos sobre la historia de los Jesuitas en Inglaterra. Cfr. *Lib. Sac. Hist. Soc. Jesu, Romae* (Typ. Polygh Vatic.), 1914, p. 492.

dador de la llamada *Escuela Ignaciana Francesa* ⁽⁸⁰⁾. Lalle-
mant insiste sobre la pureza del corazón y sobre la direc-
ción del Espíritu Santo, "los dos polos de toda espiritua-
lidad", según escribe ⁽⁸¹⁾. Es un místico que ejerce gran
influencia. Su discípulo, el P. Rigoleuc, es quien le publi-
ca *La doctrina espiritual*. De este libro dice Pourrat: "¡A
cuantas almas *La doctrina espiritual* del célebre Jesuítas
no ha conducido a la santidad!" ⁽⁸²⁾.

Las enseñanzas del P. Binet se acercan a las del
P. Lallemant. Entre los predecesores y contemporáneos
de éste último, se pueden señalar Le Gaudier (de quien
ya hemos hablado), Saint-Jure, Coton, Hayneuve, Jean
Suffren. Discípulos de Lallemant son Nouet, Ragueneau
y Crasset, pero principalmente el célebre P. Surin.

En el siglo XVIII se distinguen los Padres de Cau-
sade y Grou. Notables son los trabajos de los Jesuítas
de Bretaña, ascetas a la vez que predicadores de misio-
nes populares. Entre ellos, citemos a los Padres Guillo-
ré, Huby, Maunoir, Nepveu, Le Valois ⁽⁸³⁾.

Tres grandes nombres en Italia. Ségneri combate el
quietismo de Molinos. Discípulo de Ségneri es Pinamon-
ti. De Scaramelli son el *Directorio Ascético* y el *Directorio
Místico*, "uno de los tratados más completos de místi-
ca" ⁽⁸⁴⁾.

Otros autores espirituales de la antigua Compañía:
Nicolás Lancicio, Gaspar Druzicki, Drexelio, Dirckinck,
Pergmayr ⁽⁸⁵⁾.

Pasemos a la nueva Compañía. El restaurador de la
Compañía en Francia, P. Picot de Clorivière, estudia la
oración. Del mismo tema se ocupan en trabajos muy
apreciados los Padres Poulain, de Maumigny y Mauricio
de la Taille. El P. de Grandmaison estudia *La Religión
personal*; además, sus amigos le reúnen los *Escritos espí-
rituales*. Ya hemos hablado del P. Ramière, notable es-
pecialmente por su *Divinización del cristiano*. Recordemos
aún en Francia los Padres Valuy, de Lehen, Olivaint,
Gautrelet, Terrien (los dos últimos citados anterior-
mente).

(80) P. Pourrat, *La Spirít. Chrét.*, t. IV, 3e. éd., Paris (Gabalda), 1928, p. 50-84.

(81) Apud P. Pourrat, *op. cit.*, IV, p. 69.

(82) P. Pourrat, *op. cit.*, IV, p. 77.

(83) Véase Pourrat, *op. cit.* IV, p. 108-127.

(84) Ad. Tanqueray, *Compendio de Teología Ascética y Mística*,
trad. de la 6ª ed. franc., Paris, (Desclée), 1930, p. XXXVIII.

(85) Véase Josephus de Guibert, S. J., *Theologia Spiritualis Asce-
tica et Mystica*, Ed. altera, Romae (Univers. Gregor.) 1939, p. 453.

Otros nombres: Mach, Lyonard, Coleridge, Max Huber, Goodier. Zimmermann compone un manual de ascética y el P. Seisdedos estudia en cinco volúmenes los *Principios fundamentales de la mística*.

De entre los libros de meditaciones, no podríamos olvidar los de los PP. Chaignon, Vercruyse, Hamon y Pierre Charles.

Difunden los principios ascéticos de la Compañía los Padres Carlos de Smedt, Meschler, Plus, Foch, Laborde, Lippert, Hoornaert y Martindale.

Distínguense en el análisis psicológico los PP. Eymieu, con su famoso *Gobierno de si mismo*, y Sinéty, autor del estudio *Psicopatología y dirección*.

Señalemos por fin la *Revue d'Ascétique y de Mystique*, publicada bajo la dirección del P. José de Guibert, y que estudia en el aspecto histórico, doctrinal y psicológico las grandes cuestiones de ascética y mística. El mismo P. de Guibert dirige con M. Viller y F. Cavallera un *Dictionnaire de Spiritualité, ascétique et mystique*. Asimismo es del P. Guibert un excelente compendio sobre esta parte de la Teología.

Es ya tiempo de concluir. Una evocación rápida de cuatro siglos muestra la importancia excepcional que siempre ha dado la Compañía a los estudios teológicos. Sus Constituciones ya lo determinaban. El voto del Concilio de Trento, de que fueron preferidos los Jesuitas a todos los demás para la formación del Clero en los Seminarios: "Si reperiantur Jesuitae, ceteris anteponendi sunt", (86) impuso a la Compañía una mayor obligación de consagrarse a las ciencias sagradas. Bien lo prueban nuestra numerosas facultades de Teología. Una sociedad que existe únicamente para la mayor gloria de Dios, debía cultivar la ciencia que, por antonomasia y más directamente que todas las otras, de Dios procede, de Dios trata, a Dios conduce: "scientia a Deo, de Deo, ad Deum".

FRANCISCO LEME LOPES, S. I.

(86) Concilio de Trento, sess. XXIII, *De Reformatione*, cap. XVIII. Apud J. M. de Madureira, S. J., *A Liberdade dos Indios, a Companhia de Jesus, sua Pedagogia e seus resultados*, II vol., Rio de Janeiro, (Imprensa Nacional), 1929, p. 52.